

9 de septiembre

Cómo pasa el tiempo. La semana pasada estaba en la playa en bikini y no hace ni diez minutos que me han dado el horario de sexto. Me ha tocado Isabel de maestra, la *mínimo común divisor*, que la llama Ricardo. Él la tuvo hace un par de años y dice que le tenía manía. Pero mi hermano cree que todos los profesores le tienen manía. Ricardo es dos años mayor que yo y, si no fuera por la maldita manía, ya estaría en segundo de secundaria.

Cuando se ha acabado la clase, Víctor ha empezado a mariposear alrededor de mi pupitre. Al final, se ha quedado plantado delante mirándose los zapatos y me ha dicho: «Hola. Hola, Morgana. Hola, ¿te acuerdas de mí?». Cómo quiere que no me acuerde, si nos conocemos desde párvulos.

—¡Víctor *le* quiere a Morgana! —ha gritado la metomentodo de Silvia, que aún no ha aprendido a hablar bien.

Casi se desmaya, sobre Víctor, sobre todo cuando media clase ha coreado: «Víctor *le* quiere a Morgana, Víctor *le* quiere a Morgana». ¿*Le* quiere? Aún no sé cómo han aprobado la lengua de quinto.



*10 de septiembre*

Hemos empezado el tema de la nutrición en Conocimiento del medio. Hace no sé cuánto tiempo que estamos con eso de la pirámide alimentaria. Parecemos egipcios. Todo es superimportante: los hidratos de carbono liberan la energía con la que nuestro cuerpo mantiene funciones vitales como respirar y bombear la sangre, las proteínas intervienen en la formación de tejidos corporales, las vitaminas y los minerales nos protegen de las enfermedades, y las fibras...

—¿Para qué sirven las fibras, Aurelio? —ha preguntado la maestra.

—*Pa* cagar —ha respondido él.

—Incorrecto. No se dice *pa* cagar, a ver si hablamos bien.

—¿*Pa* hacer caca? —ha insistido el muy animal.

Isabel ha roto la punta del lápiz. Parecía que estaba a punto de sufrir un ataque de epilepsia.

—Tienes el primer cero de la temporada, y vuelve a hacerte el gracioso y pasarás el resto del trimestre en la sala de profesores —a continuación, se ha quitado las gafas y ha gritado—: Las fibras sirven para... Aurelio, atiende: *para* ayudar al intestino a funcionar correctamente.

Aurelio ha abierto unos ojos como platos y ha susurrado:

—¿Y yo qué había dicho?

Otro que se piensa que la maestra le tiene manía.

Matemáticas. Hemos aprendido a hacer la prueba de la resta. La cosa es que el minuendo menos el sustraendo es igual a la diferencia. El minuendo menos la diferencia es igual al sustraendo. Y el sustraendo más la diferencia es igual al minuendo.

En fin, que nos hemos quedado pasmados.

—Será mejor que lo veamos con un ejemplo —ha dicho la maestra—: Julio, a la pizarra.

El pobre chico se ha echado a temblar.

–Es que no sé qué es el *minuyendo*.

–Minuendo –ha corregido Isabel– es una cantidad determinada. Vamos a ver: tú tienes cien euros en el bolsillo.

Julio ha dicho que no, que no tenía ni cinco.

–Es una suposición, hombre. Los cien euros son el minuendo. Apunta en la pizarra: cien euros. Muy bien, ahora imagínate que te quitan treinta euros. ¿De qué estamos hablando?

–¿De un robo?

Ha habido risotada general.

–No, estamos hablando del sustraendo. Los treinta euros son el sustraendo. ¿Te ha quedado claro? –Julio ha dicho un «sí» tímido–. Pues si al minuendo le quitas el sustraendo te queda la diferencia. ¿Qué te queda, Julio?

–La diferencia.

–Sí, pero ¿cuál es la diferencia? –ha dicho la maestra subrayando cada palabra.

A Julio se le han iluminado los ojos.

–Ah, estás hablando de una resta, ¿verdad?

–Sí, claro, ¿de qué pensabas que estábamos hablando?

Se ha oído una voz al fondo de la clase.

–De la mona de Pascua.

–Aurelio, tienes un cero. Es el segundo día de clase y ya tienes una media de cero. Continúa así

y harás carrera –Isabel se ha dirigido de nuevo a Julio–. Venga, que no tenemos todo el día. ¿Cuál es la diferencia?

–¿Setenta?

–Muy bien, setenta. Ahora hagamos la prueba de la resta. Si al minuendo le restamos la diferencia, ¿qué nos da?

–¿El minuendo era la pasta? –ha preguntado Julio.

–¿Qué pasta? ¿La cantidad, quieres decir?

–La pasta, tú lo has dicho, cien euros.

–Sí, Julio, pero se trata de una cantidad, es un ejemplo, también podríamos hablar de trenes.

–Eso es imposible, no me caben cien trenes en el bolsillo.

La maestra ha empezado a poner cara de estrés.

–Bien, Julio, la cantidad en este caso es la pasta, sí. Por tanto, si al minuendo, a la pasta como tú dices, le restamos la diferencia, ¿qué tenemos?

–Eeh...

–La respuesta no está en el techo, Julio, y cierra la boca que te entrará una mosca. Venga, escríbelo en la pizarra.

Julio ha escrito 100 menos 70 y ha hecho la resta. Le ha dado 40. La maestra ha puesto cara de querer comérselo y él ha borrado el resultado a toda prisa.

—Ay, perdón, perdón, perdón, me he equivocado. Son treinta, ¿verdad?

—Eso es, treinta. Ahora, fíjate: si al minuendo le restas la diferencia, tenemos el sustraendo, ¿lo entiendes?

—Más o menos.

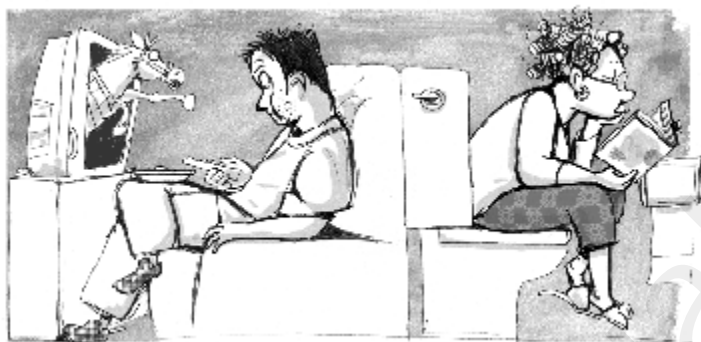
—Las matemáticas no se entienden más o menos, Julio. Una diferencia de diez puede ser muy importante. Ahora imagínate si en vez de cien euros hubieras tenido cien millones de euros, ¿qué habrías hecho?

Julio se lo ha pensado un momento y ha dicho:

—Si tuviera cien millones de euros, creo que habría contratado a un contable.

*12 de septiembre*

Aún no ha empezado la temporada de baloncesto y los sábados por la mañana se hacen largos. Mi hermano se ha ido a la piscina, pero yo he preferido quedarme en casa leyendo. De todas maneras, él no quiere que lo acompañe. Dice que soy peor que la peste, que él no tiene por qué hacerme de canguro. Desde que se afeita los cuatro pelos de la barba con las pinzas de depilar de mi madre sabe Dios qué se ha creído, el chulito este.



Mi madre me ha visto tumbada en el sofá y me ha preguntado qué leía. Un libro, le he dicho. Se ha puesto muy contenta y me ha dicho que a ella también le gusta mucho leer. Supongo que debe de hacerlo en el váter a escondidas, porque no la he visto nunca.

—Pero ¿qué lees? —ha insistido—. Oh, *Alicia en el país de las maravillas*. Este libro está muy bien.

—¿Ah, sí? ¿Lo has leído?


—No, pero he visto la *peli*. Hace años. Me impactó mucho, sobre todo cuando matan a su madre.

—¿Matan a su madre?

—Unos cazadores, sí. Uy, qué llorera.

Mi padre se ha levantado a las once. Le he preguntado si quería venir conmigo a echar unas canastas a la plaza, y me ha dicho que es lo que más le gustaría, pero un poco más tarde, por favor, cariño, que quería descansar un momento. Después ha cogido unas rodajas de salchichón y ha conectado

la tele. Hacían un concurso de hípica y lo miraba como si hubiera sido jinete toda la vida.

Me he conectado al Messenger. Estaba Brunilda, pero me ha dicho que se iba corriendo a clase de violoncelo, al conservatorio. Le he preguntado si vendría al cine conmigo, por la tarde, pero me ha dicho que por la tarde tenía natación. Y mañana, ¿sales?, le he preguntado. Mañana tendrá danza por la mañana y por la tarde estará . Pobre Brunilda, su vida es un infierno de extraescolares.

*13 de septiembre*

Me he leído unas páginas de *Alicia en el país de las maravillas*. Cómo me gustaría transformarme en un ser diminuto y vivir como ella en un jardín. Las plantas parecerían árboles y podría dejarme caer sobre el polen como en una cama elástica. Y entonces vendría mi padre con la máquina de fumigar y me desbarataría la fiesta.

*14 de septiembre*

Aún no hemos tenido clase de inglés y se ha extendido el rumor de que este año tendremos una nativa.



–¿Qué es una nativa? –ha preguntado Julio.

–Una nativa es una indígena, alguien que vive en Colombia o en Perú, de cuando Colón descubrió América y todo eso –ha aclarado Silvia.

–Sí, claro, y una indígena es profesora de inglés, ¿no? –ha replicado Lola.

–¿Y por qué no? Ahora todo el mundo sabe inglés –ha dicho Arturo.

–¡A mí me lo vas a decir! Las nativas son irlandesas –ha explicado Paula–. Mi prima va a un colegio privado de categoría y tienen una nativa de Irlanda.

–Tu prima es una idiota que mea colonia.

–Mira que tú, Loolo, que eres una cocacoolo.

Las he dejado diciendo barbaridades y me he ido a las gradas de baloncesto. Víctor estaba jugando con los de clase. En cuanto me ha visto ha querido improvisar una especie de cabriola, pero se ha ido de lado y se ha pegado contra el bordillo de la pista. Se ha levantado de un salto y ha dicho:

–No pasa nada, no pasa nada.

Pero sí que pasaba, se había hecho un agujero en la pierna y se ha puesto a chillar como un loco. Paco, el profe de Educación física, se lo ha llevado al ambulatorio. Se me ha revuelto un poco el estómago, pero no porque esté enamorada ni nada de eso, sino porque soy una chica sensible y solidaria.

Hemos dado el aparato digestivo, en Medio, el viaje apasionante de una hamburguesa desde el plato hasta el váter. La cosa empieza en la boca, los dientes se encargan de triturar el alimento y las glándulas salivales arman un jaleo que para qué. El bolo alimentario pasa a la faringe y al esófago, que son como dos tuberías que conectan con la alcantarilla del estómago. Aquí, el alimento se mezcla con los jugos gástricos, unos ácidos muy fuertes que sirven para eliminar lo que no es útil para el cuerpo. El material reciclable pasa entonces al intestino delgado, un tubo largo a través de cuyas paredes son absorbidos los nutrientes de los alimentos, que pasan a la sangre. Y al final del trayecto se llega al intestino grueso, correspondencia con el ano. Su función es absorber el agua y reducir las sustancias sobrantes a una consistencia semisólida.

Tendríais que haber visto la cara de Paula. Parecía que le hubieran dicho que tenía una boa constrictora en la barriga. «Que pare ya, por el amor de Dios, ¿cómo puede hablar de esas cosas? Es asqueroso», ha dicho. Es muy probable que en el colegio de su prima los alumnos caguen gominolas.

Al llegar a casa me he conectado al Messenger y he hablado con Víctor.

VÍCTOR. Hola, Morgana. ¿Cómo estás? Me he perdido las clases.

MORGANA. No te has perdido nada, hoy en Medio hemos hablado de la caca. Y tú, ¿cómo estás?

VÍCTOR. Aquí estoy, tumbado en la butaca. Me han comprado una peli de James Bond.

MORGANA. Qué caída con más malasombra. Lo siento 🙄.

VÍCTOR. Sí, iba a meter una canasta de dos puntos y me he llevado tres en la pierna.

MORGANA. Un triple, no está mal.

VÍCTOR. 😊 Tengo ganas de que empiecen los entrenamientos y los partidos. ¿Tú no?

MORGANA. Me muero de ganas. Espero que seamos bastantes chicas. El año pasado estábamos un poco justas.

VÍCTOR. Me encantaría que jugáramos juntos. Juegas mejor que muchos tíos.

Iba a contestarle que él también juega mejor que muchas tías, pero seguramente no se lo tomaría bien, los chicos siempre se creen que son mejores en todo. Mientras tanto, he recibido otro mensaje suyo.

VÍCTOR. Tienes unos ojos azules muy bonitos; son como el mar. ¿Te habías fijado?

MORGANA. Son verdes, Víctor. A lo mejor eres dal-tónico.